

## Un viaje inesperado

Habían subido muy rápido a pesar del peso de los esquís y las botas atadas a la espalda. El tiempo era cristalino, aunque en la cumbre de Peñalara el viento era afilado como una cuchilla y algunas nubes se observaban arrastrándose sobre Segovia. El pilón que marcaba la cima tenía grandes estalactitas de hielo horizontales que se contrastaban contra el valle. Abrieron las mochilas y sacaron un termo humeante con café, tenían que beberlo con los guantes puestos para evitar que se les entumecieran las manos y perder el tacto.

–La nieve está perfecta para el descenso –dijo Santiago.

–No lo sé, puede haber hielo en la parte alta –contestó Sergio.

– ¿No vas a echar de menos esto?

–Supongo que sí, pero ya no hay vuelta atrás.

–En ese caso deberías bajar tu primero. Es tu ultimo descenso.

Santiago cerró el termo y dejó los esquís en el suelo. Miraron la cuesta por donde bajarían; desaparecía abruptamente hacía el valle, parecía suspendida sobre él, como si más que una pendiente fuera un barranco vertical que se precipitaba al vacío.

Las puntas de los esquís empezaron a rasgar la superficie de la cumbre mientras los amigos empezaban a asomarse al valle y veían con nitidez toda la cuerda larga enfundada en su abrigo blanco. También, a lo lejos, aparecía Rascafría, el Lozoya y los bosques de robles pelados.

Sergio se encogió, el peso del cuerpo echado para adelante y los brazos extendidos con los palos colgando. Los esquís cogieron velocidad en un tramo muy corto y traquetearon contra la nieve dura. Sergio se inclinó y dio un fuerte golpe de cadera para cambiar bruscamente de dirección lidiando con el desnivel. En cada quiebro la nieve salía disparada y lo envolvía en una nube diáfana. Algunas piedras afiladas sobresalían y le forzaban a cambiar el rumbo. Una caída en medio de aquella cuesta podía significar no parar hasta la base del pico.

Encaminaron un tubo que empezó a estrecharse, obligando a que redujeran la velocidad y se concentraran en realizar pequeños giros secos y violentos. Sergio no pensaba nada, solo en no caer y disfrutar de aquella última bajada. Cuando salió del tubo puso los esquís rectos, dobló las rodillas y se encogió, intentando mantener el punto de gravedad ligeramente adelantado. Las esquirlas de nieve le golpearon la cara como si fueran vidrio y todo su alrededor se volvió de un blanco difuminado. Por un momento temió encontrarse alguna piedra oculta y salir por los aires, así que divisó un pequeño apartado de nieve llana, lo enfiló, y, al llegar, inclinó todo su cuerpo en dirección opuesta a la de bajada. Los esquís se clavaron de canto arrastrando toda la nieve consigo y generando una gran polvareda. Sergio se quedó fijo en el sitio que había pensado. Desde allí contempló como su amigo Santiago salía del tubo y descendía realizando eses. Inclinaba todo el cuerpo, los palos colgando en sus brazos como las patas de un insecto rayando la superficie de la nieve y dejando una estela tras de sí.

Santiago no cogió velocidad, simplemente siguió haciendo eses hasta que alcanzó la altura de su amigo. Desde que había tenido aquel accidente se había vuelo mucho más cauto.

Cruzaron una mirada rápida a través de los lentes polarizados y supieron que ese había sido el final, que iba a ser diferente a partir de entonces.

La vuelta a pie fue silenciosa. En la base de Peñalara no soplaba el viento y solo se escuchaba algún cuervo pasar de vez en cuando entre las copas de los pinos escarchados. Aunque el sol brillaba con fuerza, apenas hacía ningún efecto sobre el termómetro y algunas nubes empezaban a asomar por la cumbre, primero inofensivas, después adquiriendo poco a poco un tono plomizo.

Llegaron a la venta Marcelino, arriba del puerto de cotos, y entraron. Algunos copos de nieve empezaban a caer y el día se había tornado más gélido. La venta estaba vacía y la camarera les atendió con rapidez.

—¿Qué va a ser?

–Dos bocadillos de panceta, nos lo merecemos –dijo Santiago–. Y una botella de Rioja.

La camarera les dirigió una sonrisa coqueta y se fue.

–Allá va a ser todo distinto –dijo Santiago–, ¿se puede esquiar en México?

–Creo que no, las montañas están lejos y la nieve no será buena.

–Vaya, es una pena. Solo que no sé por qué ella se ha obsesionado con irse.

–Está embarazada, supongo que es eso.

–¿Crees que va a querer volver en algún momento?

–No lo sé, tal vez en algunos años

La camarera les interrumpió con la botella de vino que escancié en las copas. Era guapa, a Santiago le gustaba. Fuera la tormenta empezaba a arreciar y a través de la ventana se veía como los esquís se iban cubriendo de nieve que caía aplastante. La visibilidad era nula, el árbol de delante se apreciaba difuminado y desaparecía por momentos. Un grupo de montañeros entró en la venta desprendiendo vaho de sus cabezas, pidieron una mesa y se sentaron dejando un rastro de nieve en polvo que se desprendía de sus botas a medida que pisaban.

–Buen provecho –dijo uno de los montañeros levantando una copa. Tenía la cara amoratada por el frío y los ojos algo llorosos–. ¿Habéis podido bajar esquiando antes de la tormenta?

Los amigos asintieron sin mostrar mucho entusiasmo.

–Con los esquís es más fácil, a nosotros nos ha tocado volver desde la laguna corriendo.

Había algo de superioridad en las palabras del montañero que no gustó a Sergio.

–Que yo sepa las mochilas no pesan tanto como los esquís –dijo molesto.

–Cierto, cierto. A disfrutar de la comida ahora –respondió el montañero con una sonrisa. Después levantó de nuevo su copa a modo de saludo y desvió la

mirada. Sergio se quedó ensimismado mirando la nieve caer a través de la ventana.

–Cancelaran el tren si dura mucho más –dijo Santiago.

–Ojalá nevara mucho más y cancelaran el vuelo.

–Quieres quedarte, ¿verdad?

–Sí

–Deberías proponérselo.

–Ya lo he intentado, pero no sirve de nada, no entra en razón. Es el embarazo, no puedo discutir contra eso, no puedo ser un mal padre.

No hablaron mientras devoraban el bocadillo y vaciaban la botella. La camarera se acercó a ver si querían pedir algo más.

–¿Otra botella, Sergio? –preguntó Santiago.

–Mejor no.

–Estaría todo –dijo Santiago a la camarera–, ponnos dos cafés.

Santiago se quedó mirándola mientras se alejaba.

–Esa sonrisa es que yo le gusto también. Estoy seguro

–Al menos ella no te obligará a irte.

En ese momento Santiago juzgó que había sido un poco insensible hablarle de la camarera a su amigo e intentó levantarle el ánimo.

–Bueno, sé que podré visitarte. Algo interesante tiene que haber en aquel país.

–Supongo yo. Pero, en fin, no quiero hablar más de ello. Es mi último día y no quiero pensar en ello.

Mientras bebían los cafés pudieron ver como la tormenta empezaba a amainar. Poco a poco el árbol de enfrente fue apareciendo convertido en un cilindro blanco y se empezó a distinguir a lo lejos, detrás del bosque convertido en estepa siberiana, los picos de las cabezas de hierro.

Los montañeros se despidieron y salieron con estruendo de la venta. Sergio apuró un poco de café que quedaba en su taza y miró a Santiago con los ojos vidriosos.

–Deberías hablar con ella.

–¿Con quién?

–Con la camarera, le gustas, pídele su número.

Santiago se levantó, no había hecho nada por respeto a su amigo, pero su permiso era una liberación. Sergio se quedó mirando los árboles, el cielo y la montaña. Salió fuera, algunas briznas de nieve aun caían arrastradas por el viento frío. Pensó en que no quería irse, en que discutirían otra vez esa tarde y se quedarían. Pero no, tenía que cumplir su obligación, cogerían el tren, bajarían el puerto y al día siguiente cruzaría el océano, no había otra opción, mejor no pensar en ello. Vio que Santiago salía de la venta con una sonrisa y se sintió mejor, le invadió cierto optimismo de que algo saldría bien.